

John H. Elliott

Haciendo historia. Comprensibilidad y narrativa

Por *Jaime Contreras Contreras*¹

Un día, en el verano de 1950, un joven estudiante de Historia de Cambridge, en viaje de vacaciones por España visitaba el Museo del Prado. Apenas, entonces hablaba español, pero su curiosa sensibilidad quedose atrapada, de repente, por el famoso cuadro que Velázquez pintó, hacia 1638, en el que aparece el famoso Conde-Duque en pleno ejercicio de su poder, cabalgando un brioso corcel desde un altozano donde se divisaban los azules plateados del serrano paisaje madrileño.

«Ignoro las razones –ha repetido en varias ocasiones el propio Elliott– pero me entró una enorme curiosidad por saber quién era». Aquella curiosidad inicial hizo que España fuera, desde entonces el foco central de su curiosidad intelectual y el punto de referencia de sus preocupaciones historiográficas. El atractivo del Conde-Duque, del que poco o nada se sabía, a excepción de la biografía que le dedicó Gregorio Marañón, referida principalmente al estudio psicoanalítico de «la pasión de mandar» del valido de Felipe IV, determinó que el joven Elliott, terminada su graduación, decidiera realizar su doctorado sobre aquella personalidad que él había detectado en el cuadro espléndido de Velázquez. Corría el año de 1953 y John Elliott se trasladó al Archivo General de Simancas en busca de los preciados documentos que le explicasen la entidad

¹ Doctor en Historia Moderna de la U. de Alcalá, España. Catedrático Emérito de Historia Moderna de la U. de Alcalá, España. Ha sido Presidente de la Fundación de Historia Moderna de España, Director del Centro Internacional de Estudios Sefardíes y Andalusíes y Vicerrector de Posgrados de la U. de Alcalá, España. Sus investigaciones y trayectoria académica le han merecido un lugar importante entre los expertos de la Historia de la cultura religiosa, el Tribunal de la Inquisición y las Minorías étnico-religiosas. Autor de varios libros de internacional prestigio. Desde hace un tiempo su investigación se ha orientado, también, al análisis histórico de los procesos de secularización, a los efectos importantes de las corrientes migratorias y al estudio de los discursos ideológicos de América Latina.

política de aquel poderoso señor, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, personaje clave para entender el devenir de España en aquellos años.

Para entonces, del personaje ya sabía muchas cosas y, sobre todo, conocía bien el despertar historiográfico europeo, interesado en estos años por estudiar la naturaleza del absolutismo del S. XVII, corriente política que debía ser entendida en un complejo y extenso contexto de crisis extendida por Europa, con sus correlatos de tensiones sociales y conflictos políticos. Ocurrió que durante varias semanas Elliott, en Simancas, apenas encontró nada referente al Conde-Duque. Un día, un poco decepcionado, hojeando una guía del Archivo de la Casa de Alba, supo que el añorado archivo del Conde-Duque había sido pasto de las llamas a finales del S. XVIII. La primera reacción de aquel doctorando ha sido descrita por él mismo como casi «suicida».

Pasada la desolación, y para hacer frente a la obligación ineludible de la tesis, entendió que lo sensato sería detener la atención y estudiar alguno de los dos fenómenos más importantes del gobierno del Conde-Duque: las rebeliones de Portugal y Cataluña. Habida cuenta del mayor número de trabajos sobre la primera, nuestro doctorando eligió estudiar la segunda. En consecuencia, se dirigió a Barcelona para fondear en los documentos del Archivo de la Corona de Aragón.

Y fue allí donde Elliott entró, por primera vez, en contacto con la historiografía española, a través de la figura de Jaume Vicens Vives, historiador a la vanguardia en métodos, tendencias e hipótesis de gran calado por las que sobresalía en el mediocre espacio historiográfico español de aquellos años. Por entonces, bien entrada ya la década de los años 50, los estudios de Historia, en las universidades españolas, estaban, todavía, determinados por el impacto del «guerracivilismo», por el cual se insistía, una y otra vez, en el carácter «excepcional» de la historia España en relación con la Historia de Europa. Abundaba,

por aquel tiempo, la idea de que la Historia de España había sido un rotundo fracaso. Se trataba de actitudes de pesimismo y melancolía que imposibilitaban una reflexión lógica y racional del análisis histórico, porque excluían toda posibilidad de estudios comparados con la realidad histórica europea. Muy pronto Elliott fue consciente de que, en realidad, los conceptos de excepcionalidad y fracaso no eran sino hábiles recursos de propaganda política del Régimen; porque de lo que trataba, en suma, el pensamiento oficial era contraponer la historia de España a la historia de la modernidad liberal y secularizada que se expresaba en Europa, tras la derrota de los totalitarismos.

La investigación sobre *La Rebelión de los Catalanes* concluyó a principios de los años 60 y fue, en 1963, cuando logró ver la luz este gran trabajo del, ya entonces, joven profesor del King's College. No tiene la historiografía actual un estudio alguno que, en relación con esta temática, haya superado a este singular y ya clásico estudio. La primera conclusión de esta investigación fue entender que aquella desdichada rebelión había de entenderse, no en sí misma, sino en el contexto de la crisis general de la Monarquía; que fue el resultado «de una serie de circunstancias derivadas de la inicial debilidad económica de Castilla agravadas por las grietas de la estructura política de aquella Monarquía».

Eran explicaciones demostrables objetivamente que alejaban, como invalidada, toda argumentación metafísica del problema, tanto en su desarrollo como en su desenlace final; porque aquella rebelión fracasó y en ello influyó la acción coordinada de las perspectivas internacionales, que nada favorecían la causa de los secesionistas, y la profunda división interna de las facciones de las elites sociopolíticas del Principado. Fue, también, la manifestación, en Europa, de una gran crisis internacional que debía ser percibida en el plano mayor de la gran convulsión que afectó a las grandes Monarquías del periodo; y así las revueltas de la Fronda en Francia y la más trascendente revolución inglesa, que llevó al cadalso al propio monarca, eran

acontecimientos, considerados por Elliott, que obedecían a causas similares.

No describía aquel gran libro, únicamente, una historia particular, sino una historia de Cataluña en España y en Europa. La historia del excepcionalísimo no era entonces, ni lo es ahora, del agrado del profesor Elliott que, por aquel tiempo, publicó dos manuales de enorme impacto en nuestras facultades de Historia, donde algo parecía romper la inercia de una historia complaciente que solo deseaba saber de aquel decadente S. XVII el brillo refulgente del denominado Siglo de Oro. *La España Imperial y la Europa dividida* fueron dos libros, más el primero que el segundo, en los que bebimos los jóvenes historiadores de la década de los 70, por más que su autor dijera de ellos que «eran textos de un joven hechos a base de intuiciones». Pero fueron libros de lectura obligada para aquella generación.

En *La España Imperial*, Elliott diseñaba las grandes líneas maestras de lo que fue la decadencia de la Monarquía de los Habsburgo hispanos; un periodo desconocido que la historiografía oficial tenía abandonado con la excepción de tres grandes historiadores a los que el profesor Elliott rindió singular tributo: Jaume Vicens Vives, muy pronto malogrado; Antonio Domínguez Ortiz, al que, por una manera u otra, siempre rechazó la universidad; y José Antonio Maravall, un gran conocedor de la historia intelectual y cultural de Europa.

Por entonces, a inicios de la década de los años 70, en 1973, Elliott recibe la oferta para trasladarse, como investigador, al Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton. Allí, dedicado exclusivamente a la investigación y rodeado de un selecto grupo de alumnos, también investigadores, nuestro profesor creyó que podía volver al Conde-Duque y satisfacer, así, el gran reto de entender la figura histórica del caballero que pintó Velázquez. Pero Princeton ofrecía muchas posibilidades de interdisciplinariedad y, sin dejar de vista al

personaje, se podía abordar el trabajo atendiendo a aspectos más periféricos como el arte y la cultura.

En aquella aventura el profesor Elliott contó con dos grandes colaboradores. El primero, José Francisco de la Peña, el malogrado «Quisco», profesor de la Universidad de Alcalá cuando se incorporó a su claustro después de publicar, conjuntamente con su maestro, las famosas *Cartas y Memoriales del Conde-Duque*. Fue aquel un gran trabajo instrumental que permitió a los dos autores acercarse, más y mejor, a Don Gaspar de Guzmán. Un trabajo que requirió recoger miles de documentos desperdigados por diversos fondos archivísticos de Europa y América. Una labor, en fin, exhaustiva que, ahora sí, permitía la posibilidad de percibir mejor la persona del gran valido.

El otro gran colaborador de la etapa de Princeton fue el profesor Jonathan Brown, un reconocido experto en la historia del arte de la época y, por lo mismo, conocedor profundo de los circuitos culturales del barroco español. Ocurrió que, entre los dos concibieron una aventura intelectual extraordinaria que, años después, vio la luz en un celebrado libro: *Un Palacio para un Rey. El Buen Retiro de Felipe IV*. El objetivo primero de este novedoso trabajo es muy preciso; lo diré con las palabras de sus propios autores: «estimular el interés por la cultura cortesana de la época moderna en cuyo centro se halla el palacio principesco». En efecto, en ese espacio se sintetizaban los ideales y valores que usaba la Monarquía para expresar que, en ella, y solo en ella, residía la suprema potestad que, ante todo, era «suprema jurisdicción».

Un Palacio para un Rey pretende ofrecer también una historia «total», una comprensión de las circunstancias y valores que rodearon su construcción. Porque en aquel complejo arquitectónico, en el que se promocionaba al Conde-Duque, se explicaba el programa iconográfico de la majestad de Felipe IV como Rey Planeta. En su Gran Salón de Reinos, confluían los grandes cuadros que rememoraban las gestas principales del

reinado. Historia «total», porque en aquel espacio confluían razones políticas, recursos económicos, proyecciones culturales e intereses estéticos que el historiador debe hacer converger en un relato suficientemente explicativo. La síntesis de Elliott y Brown, en este libro, es un modelo historiográfico.

Después de este trabajo, y de los anteriores, podía decirse que el Conde-Duque estaba ya plenamente rodeado; se había desbrozado el conocimiento de una parte importante de su entorno, así como también de su política; era ya llegado el momento de abordar la fortaleza. Pasaron todavía algunos años, pero, por fin en 1986, en edición inglesa, aparecía el estudio tantas veces esperado: *El Conde-Duque*. Más de 30 años transcurrieron para que el autor llegase a «entender» al personaje que había visto por vez primera en el verano español de 1950. Maravilloso este libro; otro modelo historiográfico, esta vez realizado desde la perspectiva biográfica. Pero no se trata de hacer una biografía cualquiera; no es el relato de una vida, sino la aventura intelectual de captar, a través del sujeto estudiado, todo un mundo de interacciones múltiples. Y así, como en todos sus trabajos anteriores, Elliott escribe en una historia total. En esa historia se contempla al gran valido en el epicentro de una red de acontecimientos internos e internacionales integrándose en un amplio marco de referencia de una realidad que, como la Monarquía, es tan compleja como global. En esa madeja de relaciones, aparece el personaje central compartiendo sus actitudes mentales, sus valores y sus deberes con aquellos otros hombres que entonces tuvieron que tomar decisiones en los espacios de poder en los que se expresaba la política europea del S. XVII.

¿Y la personalidad del Conde-Duque, dónde queda? En este punto, Elliott expresa la actitud que el historiador ha de tener con su biografiado. No como Marañón, determinado a entrar en la psique de Olivares, sino para comprender sus actos públicos distanciándose de su entidad propia. Y la distancia no es fácil porque, en sus propias palabras, «(..) el personaje

acaba metiéndose en tus zapatos» (...) «Yo –declaró en 1987 a un periodista– me he ido a la cama muchas veces pensando en los problemas del Conde-Duque y cómo solucionarlos. Y me di cuenta de que eso era algo peligroso; me identificaba demasiado con él que, en el fondo, es un personaje bastante antipático». Lección del historiador: no se pretende justificar al personaje, sino explicarlo. Y ahí está el libro: tan actual como clásico entre los clásicos, escrito finalmente, desde la quietud reflexiva que posibilitaba el espacio de Princeton.

Pero el Instituto de Estudios Avanzados era también lugar propicio para reflexionar en otras direcciones. Elliott escribe que allí sintió también la sensación de « (...) que había llegado el tiempo de apartarse de la historia de la España de los Austrias españoles y de Europa». Fue entonces cuando concibió el otro gran proyecto, también de historia total, el de considerar la proyección hispana en América en un contexto novedoso el que abarcaba el Atlántico, en una y otra costa, y posibilitaba trazar paralelismos comparados entre las experiencias americanas de los británicos y los españoles. Un proyecto enorme y muy complejo. ¿Cómo poder ensamblar las múltiples historias fragmentadas y mostrar el desarrollo de esas dos grandes estructuras en el Nuevo Mundo?

Se trataba de una tarea ingente porque era necesario estudiar bien las estrategias de un lado y de otro; estrategias distintas, como lo fueron también los valores y esquemas culturales que determinaban las iniciativas en Madrid y en Londres. La comparación de estos dos mundos, focos geopolíticos de nuestro tiempo, no puede ser, desde luego, estrictamente paralela y asumirla supone correr riesgos obvios. Consciente de estas dificultades, Elliott apostó por la historia comparada en la creencia de que todo nuevo camino que se abre conlleva en sí un reto. Pero mejor eso que lo contrario, y lo contrario es que –vuelvo otra vez a sus palabras– las comparaciones imperfectas pueden utilizarse para sacudir a los historiadores y hacerlos

salir de su provincianismo, en tal forma que se susciten nuevas preguntas y ofrezcan nuevas perspectivas.

Y así, con tales presupuestos, y después de una investigación larga y exhaustiva, surgió otra poderosa obra, *Imperios del Mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, trabajo aparecido en inglés y español en 2006. Imperios de trayectorias paralelas y divergentes, también; con interacciones mutuas, con tendencias disímiles que solo son comprensibles si se las observa en el «contexto de su propia época», lo que no supone disculpar ni justificar «sus locuras y sus crímenes». Naturalmente ello significa adoptar la actitud historiográfica de repudiar las interpretaciones retrospectivas cargadas de prejuicios. Y así, si es exigible rechazar las acusaciones indiscriminadas contra la «herencia española», producto de las visiones de la Leyenda Negra, también debe matizarse la percepción sobre los beneficios que Gran Bretaña extrajo de sus Trece Colonias.

Pero en uno y otro caso, *Imperios del Mundo Atlántico* es una visión global de relaciones mutuas entre una y otra orilla del Océano, unas ciegas e indeterminadas, otras libres y voluntarias; en ocasiones de consecuencias imprevisibles. Libro, pues, que describe la «épica de las civilizaciones» europeas de las Américas. Otra historia total, en este caso en la larga duración sin el sentido «inmóvil» que este término tuvo en la historiografía francesa. Historias totales, todas las grandes obras del profesor Elliott; estas y otras de menos dimensiones, pero todas engarzadas para hacer explicativa una historia social, política y cultural de las formas complejas que ejercieron los poderes para manifestar su potestad en la Europa de la Edad que llamamos Moderna.

Elliott, historiador; sin duda el más prestigioso hispanista contemporáneo. Un intelectual que interpreta el mundo desde la racionalidad que le otorga un pasado que objetiva intelectivamente. Fue una mañana –permítaseme el recuerdo personal– hace ya más de veinte años en un descanso de trabajo en el

Archivo Histórico Nacional de Madrid. «En los «trajes» encorsetados –dijo el maestro coloquialmente– no cabe la Historia. Cuando entramos en el archivo nuestro principal instrumento de trabajo ha de ser la curiosidad». La curiosidad, esa necesaria actitud cognoscitiva que, en Elliott, construye sesenta años de gran historia y que, en su caso, nació por el efecto de una mirada inquisitiva sobre el rostro de un soberbio personaje –el Conde-Duque– en el que el gran Velázquez supo captar la pasión de mandar. Y desde aquí se desliza toda la evolución del tiempo: los aciertos, los errores, el declive de las monarquías, la crisis de los imperios, la cultura y el arte. Todo esto lo ha explicado John Elliott en otro libro importante: *Haciendo Historia*. Taurus 2012 (edición inglesa. *History in the Making*. Yale University Press. 2012).

Haciendo Historia es el trabajo en que su autor nos introduce en su taller personal para, desde él, explicar cómo son los instrumentos que Clío nos indicó para hacer comprensible el pasado. Obra de síntesis sobre el quehacer historiográfico. Historias de estructuras, de coyunturas, de sistemas, de tiempos largos y de tiempos cortos; historias de hombres apresados, unas veces, en los hilos de Ariadna, pero libres, otras para determinar, por su voluntad, sucesos y acontecimientos. Porque los hechos, en sí, los acontecimientos, incluso el azar contingente, también cuentan. No es la historia inmóvil braudeliana, que se sumerge en los espacios abisales de la inmovilidad; que desprecia, porque dice que es espuma las olas de la superficie; es la historia humanizada; siempre los hombres, en cualesquiera que fuesen los espacios y la altura desde donde se divisa la realidad. En Elliott importa tanto la altura como la superficie y, por eso, siempre trató de conjugar la dualidad de la metáfora famosa de Le Roy Ladurie, el famoso autor de *Montaillon: aldea occitana. De 1294 a 1324* (edición española en Taurus 1966); la metáfora de los historiadores con vocación de «paracaidistas» y la de los «buscadores de trufas» que hozan y escarban a ras de superficie. Historia comprensible siempre; de acciones, de

comportamientos y características; de gentes sepultadas por el tiempo que emergen desde los documentos reivindicando una entidad que el tiempo negó; todas ellas son «gentes de historia» que, sin embargo, no hurtan el tiempo y el espacio que merecen personalidades e individuos de trayectorias extraordinarias cuyas importantes decisiones definieron, por sí mismas, un tiempo de futuro. Todos, los hombres que no tuvieron nombre y los que siempre vieron alzados los suyos son gentes de historia. De Historia comprensible, analizada y explicativa y... «a ser posible –nos sugiere Elliott– sin perturbar nunca la fluidez de la narrativa».

Porque narrar es, también, trabajo y virtud del historiador, aunque los dioses de la palabra nos sean ingratos. Claro que no es fácil, pero, al menos, se nos debe exigir, no solo la corrección de estilo, sino también la sencillez explicativa. Y en este punto, John Elliott es, también maestro de una narrativa modélica. Porque el maestro siempre practicó la historia como narrativa. Odió los libros plúmbeos y entendió que el rigor metodológico ha de ser complementado con un lenguaje preciso, correcto y bello, a ser posible. Toda la obra de este autor es un placer para la lectura, cosa esta que exigió a todos sus alumnos, muchos de los cuales son reconocidos maestros en esta disciplina. En todos ellos la marca del profesor Elliott sobresale indeleble: grandes historias y notorios relatos, porque la historia ha de expresarse con perfección tanto en la forma como en el fondo. Y en este sentido traigo aquí, para concluir, las palabras de otro gran historiador español, Felipe Ruiz Martín, ya fallecido también, quien definió la obra de Elliott con la precisión que yo no sabría hacer de igual modo:

Las palabras –escribió Don Felipe– encajan en la frase, la frase en el párrafo y el párrafo en los capítulos. Las notas eruditas nunca interrumpen lo que de corrido va argumentándose. Y de cuando en cuando una expresión terminante, acabada, sentenciosa, que sintetiza un proceso. La soltura de la prosa de Elliott, sus aciertos, lleva al

que la paladea a ir señalando al margen los trozos sobre los que se ha de volver para saborear el tino de las expresiones concisas. Forma y fondo armonizan. Lectura, pues, serena; para aprender historia de forma profunda y despacio.

Más de sesenta años de estudiar y escribir historia de un legendario profesor octogenario que no puede renunciar a explicar los movimientos del tiempo presente. Tiempos fracturados en medio de espacios de globalidad definidos por procesos continuados de revoluciones tecnológicas que, de inmediato, cristalizan en culturas de encantamiento. Mundos de centros intercambiables y de periferias sedentes ensimismadas en la tarea de reivindicar identidades preteridas. Y, al tiempo que estas se reafirman, surge, también, un hábitat fantasmal y encantado poblado de nacionalismos y populismos. Y, en consecuencia, aparecen de inmediato las visiones independentistas que, desde la arbitrariedad más insolidaria, pugnan por romper el modelo político del Estado-nación y sustituir la condición jurídica de la ciudadanía, base del estado derecho, por una pretendida democracia levantisca y demagógica que reniega de las propias leyes constitucionales. Claro, hablamos de los independentismos que se extienden, de manera insolidaria, por el espacio europeo: Cataluña, Escocia, Lombardía, etc. No sorprende, desde luego, que toda esta completa realidad, escape del análisis crítico de John Elliott que, en el año de 2018, en plena ebullición del «Brexit», sorprendió a lo más granado de la historiografía europea con un libro comprometido: *Catalanes y escoceses: unión y diversidad*. Taurus 2018 (Edición inglesa: *Scots and catalans*. Yale University Press. 2018).

¿Por qué este libro? Tal fue la pregunta que todos formularon al unísono. Y el maestro precisó que nadie puede negar que vivimos momentos de tensiones independentistas en Europa, y que, si bien los historiadores no debemos sorprendernos del todo, conviene recordar que el cáncer independentista, que siempre fue principio y consecuencia de añorantes

nacionalismos excluyentes, cubrió el suelo de nuestro continente de muerte y violencia durante un largo trecho de su devenir. No puede negarse que, para importantes sectores de ambas comunidades, Cataluña y Escocia son naciones sin su propio estado. Tal percepción, cualquiera que sea la manifestación política que adopte, exige del historiador un análisis comparado que sea capaz de adoptar una visión historiográfica de carácter experimental evitar así –escribe Elliott– «el provincialismo y la excepcionalidad» tan frecuentes en el relato historiográfico de estos dos «países». Tal excepcionalidad se recrea, con mucha frecuencia en el caso catalán, en las corrientes románticas del S.XIX que presentaban como singularidad política lo que no era sino costumbre folclorista. Surgieron entonces diferentes liderazgos que, a rebufo de las tensiones políticas internas propias de un «estado en construcción» presentaban la certeza de un pasado glorioso que se había empequeñecido por la asfixia del Estado represor español. Desde tal axioma se fue elaborando, con estrategia de extremada necesidad, una memoria nacionalista permanente capaz de confrontarse con la otra memoria reactiva, la atribuida al Estado central, de manera que el enroscamiento de tal dialéctica mantuviese enhiesto siempre el juego victimista de la nostalgia y el lamento. Del mantenimiento constante de tal tensión surge un axioma de entidad historicista, según el cual «mientras Cataluña era una nación orgánica, España no era nada más que una construcción artificial». Es absurdo, concluye J. Elliott.

Naturalmente, tales principios conllevaron la exigencia de elaborar discursos «doctrinales», es decir, de un amplio arsenal de mitos y leyendas que, al penetrar en el tejido historiográfico, manipulan la entidad histórica usando, como metodología más precisa, el recurso del estereotipo y el uso constante del equívoco que convierte la totalidad en una parte y a la parte en una totalidad. Ocurre que, como tal estrategia es fácilmente desenmascarada, los nacionalismos recurren a sacralizar «la diferencia inventada» que obligadamente ha de ser victimista.

«Somos las víctimas de un poder que no nos entiende», se insiste con persistencia, sin importar que toda visión comprensible y racional del pasado quede, de tal manera, obnubilada. Los nacionalismos, el catalán y el escocés los dos más significados, no pueden escapar de esa profunda contradicción que los hace ser profundamente insolidarios y viscerales, porque combinan, en una misma secuencia, el desapego social de ciertas elites con la debilidad de amplias capas populares, seducidas, con facilidad, por brotes de segregación etnicista.

Pero como, finalmente, concluye Elliott, «no hay ninguna historia definitiva», conviene, al menos, evitar caer en la «historia basura» que no sirve sino para despertar la pasión de la irracionalidad colectiva, siempre disfrazada de dogmatismos redentoristas. Polemicemos, eso sí, con el pasado, incluso con las generaciones perdedoras, sin abandonar nunca, si ello es posible, el sentido común.

Conclusiones finales del maestro. Las enseñanzas de toda una larga vida: clarividencia, racionalidad, comprensión y compromiso. La gran Historia, a fin de cuentas.

Las Rozas, Madrid, julio 2019.

Bibliografía

- Elliott, John. *Haciendo Historia*. España: Taurus. 2012. Impreso.
- *History in the Making*. EEUU: Yale University Press. 2012. Impreso.
- *Catalanes y escoceses: unión y diversidad*. España: Taurus 2018. Impreso.
- *Scots and catalans*. EEUU: Yale University Press. 2018.
- *Imperios del Mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*. España: Taurus. 2006. Impreso.
- Ladurie, Le Roy. *Montaillou: aldea occitana. De 1294 a 1324*. España: Taurus. 1966.